

sofos gentiles, y que anatematiza la simple razon natural; pero, en prueba de mi asercion, me es indispensable manifestaros la monstruosidad en que se precipitó el entendimiento de aquéllos que tres siglos há se apellidaron reformadores, y dar además unas cortas pinceladas en el triste cuadro histórico del siglo pasado, entregado por los filósofos á todas las aberraciones del espíritu.

Comparemos á estos hombres con los filósofos gentiles, y veremos que los excedieron en sus errores y locuras. Poco dijeron los sabios paganos que no fuese erróneo respecto de Dios y su providencia; ni conocian su ciencia infinita, ni sus operaciones; poco de acertado enseñaban sobre nuestra alma; sus cultos eran execrables, sus misterios eran impuros; los amores profanos, las crueldades, los celos con todos los excesos, eran el objeto de sus solemnidades, de sus sacrificios, de sus himnos y cánticos; era el crimen adorado, y se le creia necesario al culto de la Divinidad; el decirlo sólo causa horror; pero excusemos algo á la humanidad enferma en la idolatría; estaba frenética, y en medio de sus locuras reconocia que no caminaba bien; esperaba y tenía una idea confusa de que un Dios conversaria entre los hombres, y cuya gloria inundaria como las aguas del Océano todas las tierras; creia que este Sér sobrehumano haria lo que no habian podido hacer los hombres, dando una gran perfeccion á los entendimientos, haciendo reinar la justicia y la paz, purgando la tierra de pecados, y ofreciendo un sacrificio. Así lo creian los Sócrates, los Platones y Alcibíades; así lo profesaba el indomable chino y el bárbaro habitante del Indo, confesando su ignorancia y sus males, pero con la esperanza del remedio. Mas estos reformadores, al pretender destruir lo que Dios edificára, excedieron en su frenética locura á cuantos idólatras les precedieran en los siglos de barbarie; para estos hombres la existencia de un Dios justo fué una paradoja,

la salvacion de nuestra alma una cosa de poca monta.

Sí; para estos hombres indiferentes desaparecia la idea de la unidad de Dios con sus perfecciones y atributos; Dios, para ellos, tanto se deleitaba en las oraciones del justo como en las del pecador, y tan grato le era el incienso del cristiano como el del idólatra. Erigido cada uno en maestro de dogma, cada hombre podia forjarse una religion á su capricho, é interpretar las sagradas páginas segun conviniese á sus intereses: cada hombre era un Espíritu Santo, que hablaba, dictaba y sancionaba leyes, y segun ellas se adoraba á Dios y se salvaba el individuo. ¡Qué horror, amados míos! ¡Qué anarquía de ideas! ¡Qué confusion en el entendimiento! Ya no debe sorprendernos lo que dice Hesiodo sobre los treinta mil dioses que la idolatría introdujera en el mundo, cuando sólo la secta de Lutero se habia dividido en un número mayor cuando este apóstata con infinitos secuaces enseñó como fundamento de su creencia que todo hombre tiene una autoridad infalible en materias de religion. Así vimos á aquellos sábios, como trastornados y frenéticos, mudar cada dia las formas de fé, negando en unas lo que confesaban en otras; así los vimos enseñando públicamente que la Iglesia, consolidada por los Apóstoles, propagada y arraigada por los mártires, y llena de lauros y victorias sobre los tiranos y herejes, habia faltado, y que se convirtiera la Esposa predilecta en Babilonia de iniquidad; así los vimos, autorizando con sus obras y ejemplos la poligamia, el incesto, el adulterio, el sacrilegio, el saqueo, el incendio de los templos, con otros excesos reprobados hasta por la sola sindéresis de los salvajes; así los vimos canonizando las rebeliones, amotinando á los pueblos, y poniendo en sus manos feroces el puñal á cuyos filos perecieran sin distincion la vírgen, el niño y el anciano; así los vimos colocando en el cielo, al lado del amable Jesus, á los mismos tiranos de la humanidad, á

los Hércules y Teseos, y al lado de los Apóstoles á los Sócrates, Numas y Catones; ésta era la doctrina del gran Zuinglio, á quien con razon insultaba Lutero, diciéndole que se habia vuelto pagano; y ciertamente, al examinar los diálogos de éste con Lucifer, pudiéramos decirle que tanto él como sus secuaces se habian convertido, no en paganos, sino en espíritus infernales, personificados é identificados con el error; tan cierto es lo que dice San Jerónimo, á saber: que apenas el hombre se aparta de la verdad, buscando en la Religion revelada cosas nuevas, todos sus conatos no tienden sino á embarazarse y envolverse en errores monstruosos.

Al oír estos extravíos del entendimiento humano, os veo justamente indignados contra la indiferencia práctica en religion; sin embargo, todo esto es poco; escuchad, y os horrorizareis. Habeis visto hasta ahora hombres que no conocieron á Dios ni le dieron culto; hombres que se decían cristianos, y negaban algunos dogmas de su religion; hombres que pretendieron reformar la Iglesia, y se disputaban mutuamente la veracidad de las doctrinas que enseñaban, prometiéndole la salvacion en sus mismas extravagancias; eran herejes, eran apóstatas, pero al fin pretendian tener alguna religion y dar á la Divinidad algun culto; pero los errores del entendimiento pasaron adelante.

A la sombra de las doctrinas heréticas fueron criándose poco á poco plantas robustas y venenosas, que derramarán más tarde su tósigo en la tierra, y trastornarán al género humano; los incrédulos, los materialistas, los filósofos... ¡ah! yo no me atreveré á decir lo que aquellos hombres escribieron, ni lo que propalan aún sus adeptos; para estos enemigos de la raza humana el hombre no era sino una fiera, que en medio de los bosques construyera una choza para abrigarse; errante, estúpido, inferior á los brutos, ni supo ser social, ni cono-

ció la nobleza de su sér, sino despues de muchos siglos de pruebas, de experiencias y de barbarie brutal; para éstos, la sociedad era un convenio de la razon en práctica; la autoridad un despotismo, las leyes una tiranía; segun ellos, el hombre no reconocia más superior que á sí mismo; odio á sus semejantes como á enemigos de su bienestar; libertad en el decir, en el obrar y en el pensar; libertad en conculcar cuanto contribuye á formar el encanto y los atractivos de la vida social; de modo que el hombre viviria entre sus semejantes, y no debia tenerlos sino por enemigos; segun ellos, Jesus no era mejor que Mahoma, ni los Apóstoles mejores que esos bárbaros atrevidos que de cuando en cuando penetran en las ciudades civilizadas. Ya no se disputaba cuál fuese la religion más segura para salvarse, cuál la más agradable al cielo, pues estos hombres las proscribian todas; el paganismo, el catolicismo, el mahometismo, el protestantismo, el deísmo, debian desterrarse de la tierra, como cosas perjudiciales al hombre; así es que los misterios más grandiosos, llenos de majestad divina, fueron comparados á las fábulas gentílicas; el dogma se vió lleno de sarcasmos; la moral fué sórdidamente manchada, substituyendo á cuanto habian dicho los Patriarcas y Profetas, y adorado generaciones infinitas, un dogma inicuo, una creencia horrenda, la adoracion de sí mismo, el culto de la razon, las postraciones ante... ¡Ah! Yo no puedo acabar esta frase; pero, ¡alto ahí, entendimientos incrédulos! Ya no podeis pasar adelante en vuestros extravíos. La razon humana no puede incurrir en mayores excesos que el negar toda autoridad, todo dogma, toda revelacion, quemando en honor suyo los inciensos debidos al cielo.

Pero esta es la consecuencia de la indiferencia en religion; éste es el último paso que han podido dar los hombres: y ciertamente si Dios no velase en los destinos de los pueblos, si no sostuviese con mano fuerte la

Religion que Él mismo ha enseñado á los hombres, la sociedad estaria destruida, y los hijos de Adan serian hoy una familia sin leyes, sin organizacion, sin principios, estúpidos, ignorantes y locos como lo fueron todos aquellos espíritus indiferentes: *Simul abierunt in confusionem fabricatores errorum*. Una experiencia de setenta siglos lo demuestra, y la historia, fiel repertorio de las aberraciones humanas, nos lo dice á cada paso. Los hombres que han doblgado su cuello al yugo del Señor, han tenido siempre ideas muy exactas sobre la Divinidad; han sondado con acierto el océano de sus maravillas, han mirado sin pestañear la radiante luz que la circuye, é iluminados con sus resplandores, han dado á los pueblos lecciones de sabiduría; miéntras que los sectarios del error se han alucinado á sí mismos, han pervertido á los otros, introduciendo en todos la anarquía intelectual, las dudas, las desesperaciones y el fanatismo: *Simul abierunt*, etc. Y, en efecto: filósofos ha habido que negaban la existencia de Dios, el infierno y la gloria, dudaban de cuanto veian y oian, no creian en lo que tocaban con la mano, y hasta de su propia existencia dudaban, y en cambio de esta incredulidad en las cosas divinas, creian todo lo increíble, creian todas las fábulas, áun las más ridículas, creian en las preocupaciones populares, en visiones y apariciones nocturnas, en que no creen ni las mujercillas de la plebe; en todos sus dichos, en todas sus ideas no encontramos sino absurdos y contradicciones: y en prueba de ello, basta saber que ellos son los que, al atacar la Religion con gruesos volúmenes, dicen á cada paso sus elogios, inculcan su necesidad, y aprueban la conducta de los pueblos que moderan sus costumbres segun sus divinos dictámenes. Basta saber que el jefe de la incredulidad, aquel que reputaba por locura el creer en Dios, llegó á decir várias veces que «si no hubiese Dios, era indispensable el inventarlo, para poder

vivir en el mundo:» *Simul abierunt in confusionem*, etc. Y no lo dudeis; estas contradicciones en que incurrieron, estos absurdos que inventaron, no son sino un castigo debido á la perversidad con que se adhirieron al partido de la mentira; eran grandes sábios, y cuanto mayor fué su ilustracion, mayor fué su crimen, mayor su apostasía, mayores sus ataques contra el magisterio divino, que con tantos modos nos enseña la existencia de la Divinidad, la necesidad de la Religion, y la inmortalidad del hombre; y el atacar estas verdades es, en sentir de San Cipriano, el mayor de los delitos, porque al negarlas se niega la existencia del Sér divino y se afecta no conocer al que es imposible ignorar. Justamente, pues, esos hombres no son sino tinieblas y error; pues, segun Tertuliano, el entendimiento que no se humilla á Dios no conoce la verdad: *Ubi Deus non est, nec veritas ulla est*. Justamente ¡oh Dios! los entregais á horrendas voráginas donde sus almas orgullosas fluctúan y se pierden, porque teneis ordenado que sea verdugo de sí mismo quien de Vos se apartare: *Jussisti, Domine, et sic est, ut omnis animis inordinatus pœna sit sui ipsius*.

Voy á concluir, para no molestar más tiempo vuestra atencion religiosa; pero permitidme os haga una pregunta: esta conducta, que en todas edades tuvieron los impíos; esta indiferencia con que miraron los dogmas religiosos, ¿es acaso diferente de la que tiene la actual generacion? ¿No profesa este siglo los mismos errores en la práctica? Vosotros mismos, ¿no estais alistados bajo las banderas de la indiferencia? ¡Ay! Así es, así es; se vive hoy como si nunca se hubiese de morir, ó, mejor dicho, viven hoy los hombres como aquellos impíos que, despues de afirmar que todo concluia con la muerte del cuerpo, se entregaban á todo exceso, insultando al cielo con estas palabras: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos.» *Comedamus et bibamus; cras enim moriemur*. No sólo se

ha olvidado hoy la moral del Evangelio, sino que ni áun se ocupan los hombres un solo punto de su vida en aprender sus dogmas, en reflexionar sobre sí mismos y en pensar que despues del sepulcro hay otra region, region de tinieblas y horror eterno para los malos, region de paz y gloria para los buenos: *comedamus et bibamus, cras enim moriemur*; negocios, riquezas, honores, empleos, dinero, regalos, sensualidad, éstos son los dogmas de este siglo; pasar una vida sosegada y deliciosa, dar pábulo á las pasiones del cuerpo, trabajar para lucir entre los hombres, ésta es su moral; pensar en que la vida se acaba como el humo; que el alma dura para siempre; que Dios es juez severo de nuestras acciones, y que esta tierra no es sino un pasaje para la eternidad, es para nuestra generacion un invento de los antiguos, que desapareció con las nuevas luces de la razon del siglo. *Manducemus et bibamus, etc.* ¡Qué degradacion del espíritu humano! Así se han retirado las grandes ciencias del mundo, porque los entendimientos no se ocupan sino en cosas superficiales; así vemos con indignacion que se desprecian las producciones de los sábios antiguos, porque cuatro hombres dan á luz algunos libros al estilo del dia, llenos de errores, pero envueltos en frases pomposas, que deleitan y encantan á una generacion sin ideas fijas y sin principios sólidos, á una generacion que constituye su felicidad en la materia corruptible, en los sentidos y placeres. *Manducemus et bibamus, etc.* Nada importa que perezca la Religion, que se concluyan sus ministros fieles á su deber, que, con tal que haya gran movimiento mercantil, grandes productos fabriles, grandes teatros, bailes suntuosos, modas, placeres y diversiones, todo va bien. *Manducemus et bibamus, etc.*

No exagero los hechos, y mis palabras aún no llegan á delinear el estado actual de ideas y costumbres; entre mil, apenas diez se llegan una sola vez al año al sacramento de la Confesion; y si examinamos las con-

currencias á las solemnidades religiosas, no vemos en ellas sino unas cuantas almas que vienen á adorar á Dios, miéntras millares de millares lo blasfeman con su conducta; así es que llegan los cristianos de estos dias al borde de la tumba, y más impíos que los mismos paganos, despues de haber pasado diez, veinte, cuarenta y ochenta años sin acordarse de Dios, pasan á la eternidad sin haber podido decir un acto de contricion; porque los amigos, los deudos, los parientes, se contristan si el sacerdote penetra por sus salones á anunciar la misericordia de Dios para con el pecador; porque el enfermo se agrava si se le dice que es mortal, que tiene una alma destinada para el cielo, y que Dios quiere perdonarle si se confiesa. ¡Ah, siglo homicida! ¡Cuántos millones de almas son precipitadas al abismo por tu espantosa indiferencia! En vano Dios te avisa sin cesar, enviándote pestes, hambres, guerras, inundaciones, terremotos, horrendos huracanes y multiplicadas desgracias; en vano te llama al llanto, al dolor y á la penitencia, que tú te ries de este Dios y le insultas. *Manducemus et bibamus, etc.* Sigue, pues, tu marcha tenebrosa, que yo te aseguro de parte de Dios que ésta tu iniquidad no ha de ser perdonada jamás; sigue conculcando á este Dios amoroso, que pronto verás el dia de su indignacion; el Señor, multiplicando su ira, añadirá llaga á llaga, azote á azote, hasta que te aniquile y destruya.

Pero no sea así, amoroso Jesus; no se pierda el precio de la sangre que tan generoso derramásteis por nosotros; suscitad en esta ciudad el espíritu del Cristianismo casi extinguido; conozcan los hombres los grandes beneficios que les resultan de seguir las máximas que nos enseñaste, para que todos se conviertan con todo su corazon, os pidan perdon por sus iniquidades, y merezcan las recompensas que reservais en el cielo para el justo que os ama y para el pecador que se arrepiente. Amen.